



LA SOLANA

EL PUEBLO QUE INSPIRO A SUS AUTORES «LA ROSA DEL AZAFRAN»

Una de las poblaciones con más ambiente y sabor manchego que nosotros hemos conocido es La Solana, hermosa villa de unos catorce mil habitantes, asentada sobre un cerro, en el corazón de La Mancha, en medio de sus inmensas llanuras. Podríamos decir que el alma de La Mancha se condensa en La Solana de manera intensa y exhaustiva. Es, repetimos, uno de sus pueblos más sugestivos e interesantes. De ahí su atractivo. En La Solana todo es natural, basado en la tradición y avalado por los siglos. Y por eso cautiva al visitante desde el primer momento. El visitante halla en ella algo que cada día va escaseando más: la autenticidad. En La Solana se vive y saborea hondamente La Mancha con todas sus esencialidades. El que la conoce siempre la recuerda con especial agrado y siente el regusto de volver. Es la sal, la gracia y la reciedumbre de La Mancha. La Solana impresiona al viajero e inspira al artista. No en vano, allí surgió la «Rosa del azafrán», que es un piropo de La Solana a La Mancha en forma de espléndida zarzuela con aires alegres, vibrantes e impregnados de profundos sentimientos, que tienen total identificación con la rea-

lidad. Porque La Solana se lo merecía por su chispa y garbo manchego. La zarzuela irrumpió impetuosa en los escenarios de aquende y allende el Océano, despertando vigorosamente una ola de entusiasmo y admiración de los pueblos ibéricos e hispanoamericanos hacia esta hermosa ciudad –y así continúa–, que se hizo universal en esta obra por atesorar la quintaesencia del espíritu de esta región, por tantos motivos mundialmente famosa.

De seguro que Don Quijote y Sancho –que sin duda por aquí anduvieron– encontraron en La Solana un pueblo delicioso por sus hospitalarias gentes y mancheguismo integral, a no ser que un genio encantador les jugara una mala pasada o el Caballero de la Triste Figura soñara con terribles gigantes, mientras Sancho dormía a pierna suelta en la pasada.

Pero La Solana, por encima de la pieza teatral y de la inmortal obra cervantina, tiene una especial personalidad. Una personalidad que le viene de antiguo. De una Edad Media cargada de avatares históricos, leyendas y romances de

hermosas tradiciones. Y ha transmitido a la ciudad el don de la originalidad, de la singularidad manchega con fuerza extraordinaria. El viajero queda gratamente sorprendido. Se encuentra con algo estupendo que no esperaba, porque, sencillamente, La Solana es, nada más y nada menos, que toda La Mancha con sus alicientes, metida en un poblachón de vieja solera, que rezuma el estilo por los cuatro costados. Y qué decir de sus esforzados hijos, que han hecho del trabajo y el amor un himno perenne y esperanzador a la vida, radiante de ilusiones. Y con su esfuerzo y tenacidad han sabido transformar su antigua villa en una ciudad moderna y próspera, sin perder los tradicionales ideales y respetando todo lo noble y valioso que encierra su historia, llena de rancio abolengo.

La Solana participa plenamente de la Historia, el Arte, la Tradición y el folklore de La Mancha. Para conocerla mejor, hay que pasear, sin prisas, tranquilamente, sus calles y plazas, rebosantes de paz. Y admirar sus muchos y bellos rincones pintorescos como arrancados de un cuadro de Isidro Antequera. Y contemplar la belleza y discreción de sus